

570848000001

CES-XIX

36-1

# MARÍA STUARDO

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, EN VERSO,

IMITACION

26

DE LA CELEBRE TRAJEDIA DE FEDERICO SCHILLER

POR

JOSÉ CAMPO-ARANA

Estrenado en el Teatro Español el día 24 de Enero  
de 1879



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de los Sres. M. P. Montoya y Compañía Canos, 1

1879



PERSONAJES.

MARÍA STUARDO.....  
ISABEL DE INGLATERRA.....  
ANA.....  
MORTIMER.....  
EL CONDE LEICESTER.....  
MILOR DE BURLEIGH.....  
TALBOT.....  
SIR PAULETO.....  
MELVIL (1).....  
UN PAJE.....

ACTORES.

Srta. Mendoza Tenorio.  
Calderon.  
Sra. Revilla.  
Sres. Calvo (D. Rafael.)  
Calvo (D. Ricardo.)  
Martinez.  
Guerra.  
Calvo (D. José.)  
Gimenez (D. Donato.)  
Letre.

Cortesanos, Soldados, Damas.

El acto primero y el segundo cuadro del tercero, en el castillo de Fotheringay; el acto segundo, en el parque del mismo, y el primer cuadro del tercer acto en el palacio de Isabel.

2642

(1) Véase la página siguiente.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los señores comisionados de la galería *Lirico-Dramática*, perteneciente á D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



Sólo muestras de afecto y consideracion ha recibido el autor de esta humilde obra ántes y después de su representacion. Al hacerlo público, necesita expresar su agradecimiento á la bondad de la Empresa del Teatro Español y del Sr. Calvo (D. Rafael), que no vacilaron un momento en someterla al fallo del público; á la prensa madrileña, que la ha juzgado con benevolencia digna de su noble mision; y á los actores todos, que, conociendo lo difícil del empeño, no opusieron el más pequeño obstáculo á su realizacion, y la han llevado á cabo con una fe digna de mejor empleo, muy especialmente el señor Gimenez (D. Donato), que aceptó y ha dado vida con su clarísimo talento á un personaje insignificante, sí, pero que el autor creyó deber confiar al que, como este simpático actor, gozára de grande y merecida influencia con el público.







A LA SRTA. DOÑA ELISA MENDOZA TENORIO

*En testimonio de profunda gra-  
titud,*

El Autor.







## ACTO PRIMERO.

---

Un salon en el castillo de Fotheringay.

### ESCENA PRIMERA.

PAULETO, MELVIL, ANA.

ANA. Vamos, dejadle pasar.

PAULETO. Imposible.

MELVIL. Yo os lo ruego,  
sólo por verla he emprendido  
tan largo viaje.

PAULETO. Volveos.

MELVIL. Traigo una mision de paz.

ANA. ¿Pero qué mal hay en ello?

¿Por qué quitarla el placer  
de ver, siquiera un momento,  
á uno de sus servidores?

PAULETO. Ese placer es un riesgo;  
no hay nada que de sus artes  
no pueda ser instrumento.

MELVIL. Pero yo...

PAULETO. Ya me cansais...

ANA. ¿Teneis entrañas de hierro!  
Ver á una mujer aún jóven  
y hermosa...

PAULETO. Sí, pues por eso.



ANA. Encerrada en esta cárcel...

PAULETO. Ese es el único medio  
de que no cometa crímenes.

MELVIL. Basta, señor, ya obedezco;  
pero siquiera una carta...

PAULETO. Ni una letra.

MELVIL. Bien, os dejo  
y acaso otro día...

PAULETO. En tanto  
que yo conserve mi puesto,  
no habeis de conseguir nada.

MELVIL. Adios, pues.

PAULETO. Que os guarde el cielo.

MELVIL. Ana, decid á la reina  
que ha sido inútil mi empeño,  
que tenga resignacion,  
pues Dios así lo ha dispuesto.

PAULETO. Vaya, andad. Por fin se fué.  
(Sale Melvil.)

ANA. Vaya enhoramala el necio.  
Ah! Cuántas humillaciones!  
!Quién dijera que este techo  
alberga á la que fué un día  
dueña y señora de un reino!

PAULETO. Para purgar sus pecados  
no necesita más que esto.

ANA. Maldito de Dios el día  
que pisamos este suelo!

PAULETO. Todo criminal maldice  
la ley que ataja su yerros.

ANA. Pero una mujer...

PAULETO. Mujer!  
Un demonio del infierno,  
que aun sujeta entre cadenas  
supo armar el brazo artero  
de Babington y de Parry,  
por quien no pasa un momento  
sin que la sangre se vierta,  
sin ser bastante el ejemplo  
que hizo en Norfolk la justicia,  
ni servir tal escarmiento  
para detener el brazo



regicida de los necios  
 que, locos con sus hechizos,  
 van á morir sonriendo  
 por ella... Y por cada uno  
 que muere, renacen ciento...  
 Decis bien... Maldito el día  
 que puso el pié en este suelo!  
 Pero ya se acerca plazo  
 de que haya paz en el reino,  
 y que Inglaterra respire,  
 si cumple bien el Consejo  
 que ha de dictar la sentencia  
 Y cómo os gozais en ello!...

ANA.

PAULETO. Soy justo.

ANA.

La reina viene;  
 guardad siquiera silencio.

PAULETO.

A cualquiera engañaría  
 si viera su humilde aspecto;  
 pero yo...

### ESCENA III.

DICHOS, MARÍA.

MARÍA.

Aun estais aquí?

No es ya bastante este encierro!

PAULETO.

Cumplo con mi obligacion.

Soy leal.

MARÍA.

Yo lo confieso.

Mas prometedme un favor.

PAULETO.

Segun: yo nada prometo.

MARÍA.

Entre las últimas prendas  
 que yo guardaba en mi encierro,  
 y que me habeis arrancado...

ANA.

¡Qué infamia!

MARÍA.

Hallareis un pliego  
 para mi hermana la reina:  
 le he escrito hace poco tiempo;  
 prometedme no entregarle  
 á lord Burleigh.

PAULETO.

Yo no puedo



MARÍA. prometer ninguna cosa.  
En esa carta pretendo  
nada más, ver á la reina,  
¿qué mal puede haber en esto?  
como reina, como hermana,  
como mujer, á ella debo  
solamente confiarme.

PAULETO. Lo haré así.

MARÍA. Otro favor nuevo  
quiero de vos. Ya hace años  
que en mi desdicha, no tengo  
para endulzar mis pesares  
el sacrosanto consuelo  
de la religion bendita  
que vive pura en mi pecho,  
la paz de la confesion,  
la dicha del sacramento.

PAULETO. Vendrá el pastor del castillo.

MARÍA. No es eso lo que yo quiero:  
¿ó acaso la que en la tierra  
me arranca corona y cetro,  
quiere tambien arrancarme  
la que Dios me dá en el cielo?

#### ESCENA IV.

DICHOS, MORTIMER.

MORTIM. Tío.

PAULETO. ¿Qué ocurre?

MORTIM. Os esperan  
dos señores del Consejo.

PAULETO. Voy enseguida.

MARÍA. Escuchad:

Aun otro favor pretendo.  
Sois conmigo inexorable,  
y hasta cruel; pero prefiero  
vuestra dureza al desden  
de ese imprudente mancebo,  
para quien ni la desgracia,  
ni la calidad, ni el sexo,



merecen respeto alguno.  
 Libradme de él, os lo ruego,  
 MORTIM. Mal me juzgais.

PAULETO. Vuestra súplica  
 me prueba que anduve cuerdo  
 al recibirle á mi lado  
 y confiarle mi puesto,  
 lo que á vos os le hace odioso  
 para mí le dá alto precio.  
 No es uno de esos galanes  
 que se rinden con el ruego,  
 ni se enternece con lágrimas  
 de mujer. Estoy contento.  
 (Váanse Mortimer y Pablo.)

## ESCENA V.

MARÍA, ANA.

ANA. Sufrir tal humillacion!  
 y callar... quién lo diria!  
 MARÍA. Cuánto no me halagó un día  
 la voz de la adulacion!...  
 Injusta ayer, y hoy injusta,  
 solo ha cambiado de acento;  
 ayer el del ruego hambriento,  
 hoy el de la saña adusta.  
 Hoy con su rigor no lucho  
 si ayer la oí con placer.  
 Por qué no la escuché ayer  
 con la calma que hoy la escucho!  
 ANA. Ah! Cómo cambian las penas!  
 Así habla María Stuardo.  
 MARÍA. Es, Ana, que me acobardo  
 al mirarme entre cadenas;  
 oprimen mi pensamiento  
 estas paredes sombrías,  
 hace espantosos mis días  
 la voz del remordimiento.  
 y viene á aumentar el mal  
 de esta lucha interminable,



el silencio inexplicable  
que hasta hoy guarda el tribunal

ESCENA VI.

DICHAS, MORTIMER.

- MORTIM. (Entrando con precaucion y dirigiéndose á Ana.)  
Vigilad por si alguien viene.
- MARÍA. No te muevas.
- MORTIM. Perdonad...  
No sabeis quién soy... Tomad,  
(Dándole una carta.)  
y ver si hablarme os conviene.
- MARÍA. Ah! Del cardenal de Guisa.
- MORTIM. Ana, ve. (Ana va al fondo.) Qué sois su amigo!  
Tan preciado honor consigo.  
Mas ved que el tiempo precisa;  
y perdonad mi imprudencia  
si no os dejo concluir,  
pero Burleigh va á venir;  
ya está dada la sentencia.
- MARÍA. Y acaso á eterna clausura  
me condenan?
- MORTIM. No es bastante...  
Mientras vivais...
- MARÍA. Adelante.
- MORTIM. No estará Isabel segura.
- MARÍA. Y osará, de odio cegada  
la que hizo mi hermana el cielo,  
hacer rodar por el suelo  
mi cabeza coronada?
- MORTIM. Eso al pueblo inglés no aterra,  
que en sus espantosas luchas  
ha visto ya morir muchas  
de sus reinas Inglaterra.  
Y del trono el brillo falso  
no impidió con su oropel,  
á la madre de Isabel  
ir desde el trono al cadalso.
- MARÍA. Pero Francia...



MORTIM.

Apoyo vano:  
ya de su empeño ha cedido,  
pues la reina ha concedido  
al duque de Anjou su mano.

MARÍA.

No hay esperanza!

MORTIM.

Alentad:

un fiel amigo os lo jura;  
mañana tendreis segura  
la vida y la libertad...

MARÍA.

Cómo!

MORTIM.

Silencio!... Valor!...

Aquí están.

MARÍA.

Soy inocente,  
y nunca verán mi frente  
humillarse ante el dolor.

ANA.

Señor: ten piedad

MORTIM.

Os dejo. (Vase Mortimer.)

## ESCENA VII.

DICHOS, BURLEIGH, PAULETO.

PAULETO.

Milord de Burleigh. Ahora  
sabreis ya...

BURLEIGH.

Vengo, señora,  
en el nombre del Consejo.

MARÍA.

Con gozo habreis aceptado  
el mensaje...

BURLEIGH.

Es mi deber.

MARÍA.

¿Quereis hacerme saber  
lo que vos habeis dictado?

BURLEIGH.

Yo no hago sino cumplir:  
aún no os he dicho...

MARÍA.

Por Dios,

¿cómo dudar, si sois vos,  
quien me lo viene á decir?  
Abreviad.

BURLEIGH.

Yo no he querido  
aumentar vuestros pesares.  
El consejo de los Pares  
al que os habeis sometido...



MARÍA. Miente quien tal asegura.  
Sola, triste, encarcelada,  
mi alma, de luchar cansada,  
se humilló á la desventura.  
Mas tal bajeza rechaza  
quien miró su frente ungida,  
y siente latir su vida  
con la sangre de mi raza.  
Yo recuso al tribunal;  
me ampara la ley, que ordena  
que quien dicte la condena  
sea igual al criminal.  
Pues me juzgan vuestras leyes,  
yo á vuestras leyes me atengo:  
reina soy, y yo no tengo  
más iguales que los reyes.

BURLEIGH. Antes su jurisdiccion  
habeis vos misma aceptado,  
puesto que habeis contestado  
al acta de acusacion.

MARÍA. Forzada de la malicia,  
segura de mi inocencia,  
no para pedir clemencia,  
sino esperando justicia.  
No pensando que mis jueces,  
aunque cubiertos de honores,  
eran los mismos traidores  
que hollaron la ley mil veces.  
Los que, haciendo al pueblo esclavo,  
acataban sin enojos  
los tiránicos antojos  
de mi abuelo Enrique octavo.  
Que osaron, por su interés,  
de la misma que os envía,  
declarar la bastardía  
y hacerla reina despues;  
los que hoy se cobran con creces  
cien juramentos hollados,  
y los que en cuatro reinados,  
se vendieron cuatro veces.

BURLEIGH. Son cuanto de noble encierra  
la nacion, no lo ignorais...



- y puesto que respirais  
el aire de la Inglaterra,  
ellos vuestros jueces son...  
MARÍA. Al escucharos me admiro...  
Aire!... No, milord, respiro  
la bruma de la prision.  
Vine á buscar soledad  
y consuelo en esta tierra,  
y, cómo cumplió Inglaterra  
la santa hospitalidad?  
Cómo pagó la nobleza  
de la que en su honor fiada,  
llegaba aquí despojada  
de su trono y su grandeza?  
En lugar de compasion  
solo desprecio tuvieron,  
y en vez de brazos, me abrieron  
las puertas de una prision.  
Me apartaron de los fieles  
servidores que aun tenía,  
robaron con mano impía  
mis alhajas, mis papeles,  
y arrancó su mano impura  
envidiosa de mis glorias,  
hasta las dulces memorias,  
de mis dias de ventura.  
Y aun aumentó tanto horror,  
y nueva pena inventaron,  
que hasta de mi Dios me aislaron  
negándome un confesor.  
Y en medio de tanta guerra  
de este infierno en que deliro,  
osais decir que respiro  
el aire de la Inglaterra!  
BURLEIGH. Yo no os puedo contestar;  
acaso tengais razon....  
Mas yo cumplo una mision.  
MARÍA. Pues yo no os quiero escuchar.  
Sé que no hay nada que os tuerza,  
que Isabel quiere mi muerte;  
yo soy débil, ella fuerte;  
vencerá, mas con la fuerza.



Y si no os hace temblar  
su voz, la podeis decir,  
que puede hacerme morir,  
más no me puede juzgar. (Vase.)

### ESCENA VIII.

BURLEIGH, PAULETO.

BURLEIGH. Ya veis, su altiva arrogancia  
ni ante la muerte se humilla;  
en las gradas del cadalso  
aún nos ofende y denigra.

PAULETO. Perdonad, señor, si os digo  
que tal desprecio no haria  
si no tuviera razones...  
para reclamar justicia.  
Lo cierto es que en el proceso,  
como lo dice ella misma,  
han pasado ciertas cosas...  
irregulares... Debian  
habérsele presentado,  
según en la ley se fija,  
Babington, Tichburn y Parry  
para ver si mantenian...  
su declaracion...

BURLEIGH. Jamás!...  
Conociendo la inaudita  
seduccion con que subyuga  
á todos los que la miran,  
hubiera sido imprudente...

PAULETO. Mas se hubiera hecho justicia  
y practicado la ley;  
y así, habrá muchos que digan  
que no es la ley quien la mata,  
sino una violencia indigna.

BURLEIGH. Por ese temor, no más,  
la noble Isabel vacila  
en confirmar la sentencia;  
pues los mismos que justísima



la llaman hoy, cuando corte  
su cabeza la cuchilla,  
condenarán ese fallo  
llorando sobre la víctima,  
y acusarán á la reina  
de cruel y de vengativa.

PAULETO. Teneis razon; pero es cosa  
tan triste como precisa.

BURLEIGH. No lo seria, si hubiera  
un vasallo de alma digna  
que consiguiera apartar  
de la reina esa mancilla.

PAULETO. Cómo!

BURLEIGH. Que supiera oir  
y obedecer en seguida  
una órden tácita.

PAULETO. Tácita!

BURLEIGH. Que cuando se la confia,  
contando con su lealtad,  
la custodia de una víbora,  
no la conservára intacta  
como joya de valia.

PAULETO. Milord, el renombre augusto  
y la fama sin mancilla  
de la reina, son tan altos,  
que apénas nadie sabria  
respetarlos como es justo.

BURLEIGH. Cuando por mi iniciativa  
se os confió la custodia  
de la Stuardo, se creia...

PAULETO. Perdonad, milord; creyeron  
y á fe que bien lo creian,  
que á más honrado vasallo  
confiarse no podia  
una obligacion tan grande.

BURLEIGH. Pero á vos no se os obliga  
á ejecutar...

PAULETO. No sigais,  
por mis canas, por la Biblia  
sacrosanta en que aprendí  
de Cristo la fé divina,  
os juro que mientras yo



guarde á esa mujer altiva,  
tan libre como de locos  
que por librarla conspiran,  
del puñal de un asesino,  
estará libre su vida.

### ESCENA IX.

DICHOS, MORTIMER.

BURLEIGH. Quién es?...

PAULETO.

Señor, es un mozo  
que, como de mi familia,  
me ayuda en mi obligacion  
con lealtad y pericia...  
Yo le he enseñado en mi escuela,  
y ántes perderá la vida  
que cometer una infamia  
de mucha honradez indigna;  
sabe bien que un alma pura,  
y una conciencia tranquila  
vale más que los fugaces  
bienes que el poder prodiga.

MORTIM.

Es verdad.

BURLEIGH.

Bien... Adios, pues...

(Es jóven...) (Mirando á Mortimer.)

(Vánse Burleigh y Pauleto.)

### ESCENA X.

MORTIMER, despues MARÍA.

MORTIM.

Por qué me mira  
de ese modo?... Sabrá acaso?...

No es posible. Si adivina..

Estais sólo por fin?

MARÍA.

MORTIM.

Venid, señora.

que hablar podemos con descanso ahora.

MARÍA.

Ah! Decidme...



MORTIM.

Yo os ruego

que un momento no más, la vez primera  
que á vuestros piés, rindiendo el alma llevo,  
hable de mí, que el alma toda entera  
y la vida desde hoy á vos entrego.

Permitidme que os diga  
cómo Dios ha dispuesto que yo fuera  
quién, logrando burlar vuestra enemiga,  
corona, libertad y vida os diera.

MARÍA.

Hablad.

MORTIM.

Aun no contaba

veinte años, educado  
en el sombrío dogma protestante,  
mi alma en vano buscaba  
espacio libre en que tender el vuelo  
y la razon austera me ocultaba  
los espacios anchísimos del cielo.

Llevado por el fuego generoso,  
de la risueña juventud, un día,  
ansiendo del placer libar la copa,  
abandoné estas costas escarpadas  
por las ricas campiñas de la Europa.  
Pasé á Francia, y de luz y sol sediento,  
corrí á Italia, embriagándome en la vida,  
de su azul y sereno firmamento  
que el que una vez miró, jamás olvida.

Eran los días de una fiesta santa;  
cubrian los caminos  
multitud de piadosos peregrinos,  
y en la más pobre aldea,  
entre el febril ardor de sus cantares,  
de su fé renovaban los ardores  
de aromas coronando los altares,  
y las santas imágenes, de flores.

En su fervor había  
algo de la embriaguez de la victoria,  
aquella muchedumbre parecía  
la humanidad marchando hácia la gloria.

Y yo sentí mi alma subyugada,  
y llenaron las lágrimas mis ojos  
al verla prosternada  
en muda adoracion, caer de hinojos



al vislumbrar á Roma, iluminada  
 del sol poniente por los rayos rojos.  
 Seguí adelante, y ví ya realizado  
 algo de aquel deseo,  
 que hasta entonces sin forma en mí sentía,  
 al ver en medio de la triste vía  
 las ruinas del gigante coliseo.  
 Y los soberbios arcos de victoria,  
 gigantes esqueletos,  
 que la idea de patria animó un día,  
 y que aun á ella sujetos,  
 cantaban del espíritu la gloria:  
 que aún en aquellas ruinas carcomidas,  
 dejó el tiempo inclemente  
 las piedras, destrozadas y esparcidas,  
 más la idea, el espíritu viviente.  
 Pero cuando con paso temeroso  
 pisé el umbral del templo consagrado,  
 y escuché embelesado  
 la música suave,  
 que se esparcía por la extensa nave  
 como en un alma triste la esperanza;  
 y ví subir al cielo  
 en columnas de aroma  
 el incienso quemado sobre el ara,  
 como si á Dios llevára  
 la ofrenda de la fe de los creyentes,  
 y en medio de mil luces refulgentes  
 un tembloroso anciano, en quien la vida  
 ya desataba los postreros lazos,  
 del Sér omnipotente mensajero,  
 nuncio de su poder, abrir los brazos  
 y dar su bendición al mundo entero,  
 de Dios la augusta mano  
 sentí que se posaba en mi cabeza,  
 de sus ojos la luz hirió mis ojos,  
 doblé la frente... me postré de hinojos,  
 y entonces comprendí por qué se reza.  
 Ah! Callad, yo os lo ruego.  
 Me hablais de fe, de dicha y de ventura.  
 Quién habla de la luz á un pobre ciego?  
 Yo que aprender quería

MARIA.

MORTIM.



la nueva fe, busqué quien me enseñára  
todo cuanto mi mente presentia.

Dios guiaba mis pasos,  
y el cardenal de Guisa fué el maestro  
que del error salvó mi alma doliente.

MARIA. Ah! Vos le habeis hablado!...

Seguid, habladme de él. Aun es, como era,  
el honor de su nombre y del estado  
y de la fe de Cristo la lumbrera?  
Decid...

MORTIM.

Aún es, señora,  
el sacerdote de virtud modelo,  
el príncipe más grande de este suelo.  
Por él os conocí. Vagando un día  
de su palacio por las anchas salas,  
fortaleciendo con su fé la mia,  
mis deslumbrados ojos se fijaron  
en un retrato. Quién pintar pudiera  
toda la magestad y la hermosura  
de aquel rostro sublime? Y quién dijera  
que, ante la luz de vuestra imagen pura  
pálido y frío parecer pudiera?

Yo senti conmoverse mis entrañas,  
parar la sangre el curso apresurado  
y mil visiones mágicas y extrañas  
cruzar mi pensamiento arrebatado.  
Erais vos! Me dijeron vuestro nombre,  
vuestro triste destino me contaron.

Y conforme iba oyendo  
la crueldad de Isabel, vuestros dolores,  
dos pasiones en mi alma iban surgiendo  
mi voluntad domando al fuerte yugo:  
el amor á la víctima inocente,  
y el odio y el horror á su verdugo.

Ellos volar me hicieron á Inglaterra,  
y hoy que la dicha de miraros logro,  
la mente en Dios y la rodilla en tierra,  
yo renuevo el prestado juramento  
de hollar la frente impía  
de la mujer nefanda  
que mancha el trono de la patria mia  
ó de morir por vos en la demanda.



- MARÍA. Alzáos. Qué intentais?... Todo es en vano.  
La desgracia persigue á mis amigos.  
El poder de Isabel es soberano...  
No aumente vuestra muerte más mis penas,  
recordad que tan solo han conseguido  
morir y hacer mas duras mis cadenas  
los mismos que romperlas han querido.
- MORTIM. Pues, qué dicha mayor que dar la vida  
por quien el alma conquistó primero?
- MARÍA. No aumenteis mis afanes...  
Quizá ya han descubierto vuestros planes.  
Acaso Burlheig os persigue artero.
- MORTIM. Nada temais; llegó la hora suprema,  
el ministro de Francia nos ayuda.
- MARÍA. Ah! Decís que no tema?...  
MORTIM. Sí, y os libertaremos; nos escuda  
el mismo Dios, en cuyo altar sagrado,  
al recibir el santo sacramento,  
treinta fieles cristianos han jurado  
arrancaros al bárbaro tormento.
- MARÍA. Inútil tentativa!  
Sólo Isabel podría libertarme
- MORTIM. No lo espereis de su alma vengativa.
- MARÍA. Un hombre nada más puede salvarme
- MORTIM. Decís que un hombre?..
- MARÍA. Un hombre.
- MORTIM. Oh! decidme su nombre
- MARÍA. El conde de Leicester.
- MORTIM. No os comprendo.  
El conde de Leicester! El amante  
de la hipócrita reina! El que fingiendo  
á vos amor, os entregó en sus manos...
- MARÍA. Si Dios en sus decretos soberanos  
quiere que libre sea, él solamente  
puede salvarme. Vedle en nombre mio,  
entregadle este pliego, en él le envío  
mi retrato...
- MORTIM. (Retrocediendo.) (Gran Dios!)
- MARÍA. Tomad
- MORTIM. Señora...  
(Oh! Qué extraño despecho me devora?)  
Explicadme este enigma...



- MARÍA. El conde os lo dirá... Marchad ahora.  
(Mortimer toma el retrato.)
- MORTIM. Así os fiáis del mismo que os infama?
- MARÍA. Cuidad de que Pauleto no os sorprenda.  
Adios.
- MORTIM. Adios. (Le ama!  
Y yo le llevo de su amor la prenda!)

## ESCENA XI.

MORTIMER, BURLEIGH.

(Mortimer queda un momento en silencio y despues guarda la carta y va á salir. En este momento entra Burleigh.)

- BURLEIGH. (Aquí está.)
- MORTIM. Señor...
- BURLEIGH. Qué haceis?...
- MORTIM. Aquí atento vigilaba  
por mi tio.
- BURLEIGH. Yo os buscaba...
- MORTIM. Decidme qué me quereis.
- BURLEIGH. Vos sois jóven, y parece  
extraño que á vuestra edad  
viva en esta soledad  
quien mejor puesto merece.
- MORTIM. Aunque quisiera, señor,  
lograrle inútil seria,  
pues no tengo todavía  
quien me preste su favor.
- BURLEIGH. Para alcanzar los mayores  
tendreis ocasion y alientos;  
sólo con merecimientos  
se conquistan los favores.
- MORTIM. Pero cómo habré de hacer,  
si no he logrado encontrar  
ni quien los quiera premiar,  
ni á quien los pueda ofrecer?
- BURLEIGH. Si de la reina en servicio  
vuestra ayuda yo os pidiera?
- MORTIM. Contento la vida diera...
- BURLEIGH. Y os mostrariais propicio



á todo?...

MORTIM.

A todo.

BURLEIGH.

Pues bien:

hay quien la injuria y ofende  
y la corona pretende  
arrancar á Isabel.

MORTIM.

Quién?

BURLEIGH. La que al verse envilecida,  
que el mismo Dios la abandona,  
no le basta su corona,  
sino que quiere su vida.  
Ya su muerte una sentencia  
decretó.

MORTIM.

Cúmplase en breve

pues...

BURLEIGH. La reina no se atreve,  
teme la maledicencia...  
Más al que cumpliera fiel  
la sentencia, debería  
Inglaterra su alegría,  
y vida y trono Isabel.

MORTIM. De ellos no más es mi brazo;  
yo al temor no me subyugo.

BURLEIGH. Sereis juez y no verdugo.

MORTIM. Ni aun ese nombre rechazo...

BURLEIGH. Sabeis ya...

MORTIM.

Su nombre aguardo.

BURLEIGH. Ilustre es.

MORTIM.

Mas criminal,  
y para el bueno es igual.

BURLEIGH. Se llama María Stuardo. (Mortimer se estremece.)

MORTIM. Morirá... (Después de un momento de pausa y como quien  
ha tomado una resolución.)

BURLEIGH.

(Ah!)

MORTIM.

(No era vana  
mi sospecha...)

BURLEIGH.

Vuestro brazo  
será el de Dios...

MORTIM.

Quiero un plazo.

BURLEIGH. De cuánto?

MORTIM.

De una semana.

BURLEIGH. (Por fin!...) Bien. Cuando vayais



á decirme: está cumplida  
la sentencia, por mi vida  
pedidme cuanto querais:  
MORTIM. (Vil asesino!..)

## ESCENA XIII.

DICHOS, PAULETO.

PAULETO. Señor.  
os esperan... (A Mortimer.) Qué has hablado  
con Milord?... Estás turbado...  
MORTIM. Nada, yo...  
PAULETO. Piensa en tu honor...  
BURLEIGH. Adios pues.  
PAULETO. Señor...  
BURLEIGH. (Triunfé  
y ya es mia la partida.)  
PAULETO. Yo velaré por su vida.  
MORTIM. (Ah! Si! Yo la salvaré.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.







---

## ACTO SEGUNDO.

---

Parque del castillo de Fotheringay.

### ESCENA PRIMERA.

LEICESTER, BURLEIGH.

BURLEIGH. Tambien vos dejais la caza?  
Extraña ha sido por cierto  
la ocurrencia de venir  
á Fotheringay.

LEICEST. Pues de eso  
sólo yo tengo la culpa.

BURLEIGH. Y tiene conocimiento  
la reina de que se halla  
á dos pasos del encierro  
de su mortal enemiga?

LEICEST. Nada preguntó.

BURLEIGH. Pues temo  
que no sea de su agrado,  
y no anduvisteis muy cuerdo  
en ordenar...

LEICEST. No os pedia  
yo, milord, vuestro consejo.

BURLEIGH. Yo os hacia la advertencia  
sólo por interés vuestro.  
La reina es mujer, os tiene



un imponderable afecto...  
y sabe que no se olvidan  
tan pronto ciertos recuerdos...  
Fuisteis prometido esposo  
de la Stuardo en otro tiempo,  
y...

LEICEST. Milord, basta de sátira  
y de inútiles rodeos;  
yo soy leal, y jamás  
oculto mi pensamiento.  
No puede acusarme nadie  
hacia esa infeliz de afecto:  
yo voté en el tribunal  
su muerte, yo fui el primero  
que la persiguió.

BURLEIGH. Es verdad.

LEICEST. Si juez cumplí como bueno  
y voté su muerte, en cambio,  
como hombre la compadezco,  
y me duelen sus desdichas  
como noble y caballero.  
Aquí cenduje á la reina,  
porque así salvarla espero  
de que una mancha de sangre  
empañe su nombre escelso,  
y de que el mundo la acuse  
acaso con fundamento,  
de cruel.

BURLEIGH. Sois muy compasivo...

LEICEST. Y de ello me enorgullezco.

BURLEIGH. Pero mirad que la reina  
piense como vos en ello.

## ESCENA II.

DICHOS y PAULETO.

PAULETO. Perdonad si os interrumpo,  
milores... saber deseo  
dónde encontraré á la reina.

BURLEIGH. Para qué?



PAULETO. Tengo este pliego.

LEICEST. De quién?

PAULETO. De María Stuardo.

BURLEIGH. Imposible. Ya el consejo  
ha dictado su sentencia,  
y no es posible que un reo  
de muerte...

PAULETO. Si lo prohíbe  
la ley, la reina de cierto  
sabrá acatarla...

BURLEIGH. Traed.

PAULETO. Perdonad si no obedezco;  
la carta es para la reina.

BURLEIGH. Habeis dado cumplimiento  
á sus órdenes?...

PAULETO. Ignoro  
qué...

BURLEIGH. Por su mandato expreso,  
desde ayer vuestro sobrino  
debe ocupar vuestro puesto.

PAULETO. Como soy vasallo fiel  
sus órdenes obedezco.  
Mortimer, en este instante  
yo la custodia os entrego  
del castillo, mas la carta  
yo la he recibido siendo  
guardian de María Stuardo,  
y sabré hacer lo que debo.

LEICEST. Bien.

BURLEIGH. (Corro á parar el golpe.)

LEICEST. La reina se acerca; id presto,  
ánten que milord la hable.

PAULETO. La leerá, yo os lo ofrezco.

### ESCENA III.

LEICESTER, MORTIMER.

LEICEST. No hay duda, Burleigh me acecha,  
y en perderme está empeñado.  
Acaso ya ha despertado



en la reina la sospecha...

Yo la sabré disipar...

MORTIM. Eh! Qué quereis? (Viendo á Mortimer.) Me espiaba.  
Señor conde, aquí aguardaba  
porque con vos quiero hablar.

LEICEST. De qué?

MORTIM. El cielo nos asocia  
en una noble demanda.

LEICEST. Cómo!...

MORTIM. Tomad: esto os manda  
la que fué reina de Escocia.

LEICEST. (Quitándole la carta de las manos y mirando alre-  
dedor con so-  
bresalto.)

Qué habeis dicho?... Callad!... Ah! (Abriéndola)  
su retrato! (Mirándole con pasion)

MORTIM. (Observando) (Ha sido fiel...  
y puedo fiarme de él.)

LEICEST. María! Qué hermosa está!...

MORTIM. (Calle la envidia menguada  
que me consume en su fuego.)

LEICEST. Sabeis qué dice este pliego,  
caballero?..

MORTIM. No sé nada.

LEICEST. Os tuvo que confiar  
que yo...

MORTIM. Milord, soy discreto:  
solo sé que este secreto  
me podeis vos explicar.

Y lo anhelo por mi honor,  
porque en mi mente no cabe  
cómo un hombre, á la vez, sabe  
ser verdugo y protector.

LEICEST. Tambien yo explicacion quiero,  
pues tampoco se me alcanza  
que otorgue tal confianza  
el reo á su carcelero.

MORTIM. Voy á dároslo concisa:  
de mi secta he abjurado  
en Roma, y vengo enviado  
por el cardenal de Guisa.

LEICEST. Vuestra conversion ya sé,  
pero... No, recelo en vano,



Mortimer... Dadme la mano  
y perdonad si dudé.  
Tomadla...

MORTIM.

LEICEST.

MORTIM.

LEICEST.

MORTIM.

LEICEST.

MORTIM.

LEICEST.

Fué precaucion.

Justa, aunque mal empleada.

No hay vigilancia extremada  
en quien teme la traicion.

Por más que en nombre tan alto  
tanto temor no concibo.

Ah! Vos no sabeis que vivo  
en continuo sobresalto?

Vos! El galan predilecto  
de Isabel.

Contra mi lidia  
todo el mundo, y tengo envidia  
al villano más abyecto.

Vivo, porque gozar puedo  
de sus amargos favores,  
cercado por los rencores  
y abrumado por el miedo.

No sabeis la hiel que encierra  
mi pecho: yo soñé un dia  
que su amor me sentaria  
en el trono de Inglaterra.

Por esta ambicion cegado,  
diez años llevo sufriendo,  
ya esperando, ya temiendo,  
ya alegre, ya desdichado.

Por ver si la conseguia,  
yo sacrifiqué mi honor,  
mi fe, todo; hasta el amor  
de la mujer que queria.

Y hoy, cuando creí tener  
más segura mi esperanza,  
otro, sin luchar, alcanza  
lo que creí mio ayer...

MORTIM.

LEICEST.

Desdichado sois, es cierto.

Lo fui; pero ya nodudo;  
con este golpe tan rudo

á nueva vida despierto:

muerta mi loca ambicion,  
me ofrece seguro asilo



el amor puro y tranquilo  
que vive en mi corazon.  
Pues María me perdona,  
yo conquistaré su mano,  
que un día me ofreció en vano  
con su amor y su corona.

MORTIM. Noble accion, aunque tardía;  
hoy que el dolor la ha postrado;  
si antes la hubiéseis pensado,  
quizás ya libre estaría.

LEICEST. Siempre tuve decision  
de salvar á Maria Stuardo,  
pero aguardaba y aguardo  
todavía una ocasion.

MORTIM. Pues bien; ha llegado el día,  
y ya no cabe tardanza:  
á vuestra noble confianza  
quiero pagar con la mia.  
Yo he prestado juramento  
de salvarla.

LEICEST. Qué intentais?

MORTIM. Si vos ayuda me dais  
conseguiré lo que intento,  
y hoy será libre.

LEICEST. Qué? Vos?

Pero, cómo?

MORTIM. Cómo? Es llano.

Pues con la espada en la mano  
y con la ayuda de Dios.

LEICEST. Imposible. En tal momento...

MORTIM. Salvarla es lo que interesa;  
y no estoy sólo en la empresa,  
con fieles amigos cuento  
que morir han prometido  
puestas en la cruz sus manos.

LEICEST. Teneis cómplices!

MORTIM. Hermanos!

LEICEST. Dónde me habeis conducido!

MORTIM. Les habreis dicho que yo...

Pues no se contó al pensarlo  
con vos, y hemos de lograrlo  
que vos lo querais ó no,



nada saben.

LEICEST. De manera  
que yo puedo estar seguro  
de que mi nombre...

MORTIM. Os lo juro,  
ni lo conocen siquiera...

Mas vos mostrais tal cautela!  
Quién siente temor al ver  
que al cabo puede obtener  
el supremo bien que anhela?

LEICEST. Es justa desconfianza,  
que en empresa tan valiosa  
la impaciencia es peligrosa.

MORTIM. El peligro es la tardanza.

LEICEST. Ese medio es insensato.

MORTIM. Para vos, que ambicionais  
su mano y su amor lograis,  
y poseeis su retrato.

No para los que han oido  
su llanto y salvarla quieren  
por salvarla, sin que esperen  
otro premio que el olvido.

LEICEST. Jóven, teneis mucho ardor,  
y el camino es espinoso.

MORTIM. Y vos andais muy calmoso  
en un negocio de honor.

LEICEST. Yo veo do quier los lazos  
en que caerá esa nobleza.

MORTIM. Y yo tengo la certeza  
de romperlos en pedazos.

LEICEST. Esos ímpetus ardientes,  
ese valor, es demencia.

MORTIM. Nunca, milord, la prudencia  
fué virtud de los valientes.

LEICEST. Tentar tamaña locura,  
acaso imposible haria  
la salvacion de María  
que casi está ya segura.

MORTIM. Y loco me habeis llamado!  
Pues, qué salvacion hubiera  
para ella, si yo cumpliera  
lo que Burlheig me ha encargado?



Si yo el puñal asesino  
clavara en su pecho inerte!  
Qué decis?

LEICEST.  
MORTIM.

Quieren su muerte,  
y ese es el mejor camino.  
Y habeis aceptado?

LEICEST.  
MORTIM.

Sí.

Otro sinó hubiera sido.  
Pues ya el fin se ha conseguido.  
Vos el dueño sois aquí.

Yo, entretanto, con verdad  
pintando su triste suerte,  
lograré hacer que despierte  
en Isabel la piedad.

MORTIM. Esto pensais, vive Dios!

Que no me parece poco  
Loco! Me llamásteis loco!

LEICEST.  
MORTIM.

Pero...

Y el loco sois vos.

Mendigar de una mujer,  
acudiendo al ruego artero,  
lo que como caballero  
podriais sólo obtener.

Vos, el lord que tanto vale,  
que no tiene en su grandeza  
ni quien le iguale en nobleza  
ni quien en poder le iguale.

Ah! Cese vuestro temor;

pues que la amais y ella os ama,  
combatid por vuestra dama  
con lealtad y con honor.

Si venceis, alta la frente  
gozareis de la victoria;  
si os vencen, qué mayor gloria  
que morir tan noblemente?

LEICEST.

Moderad esa vehemencia  
y refrenad vuestro ardor;  
creedme, siempre es mejor  
la astucia que la violencia.

MORTIM.

La que, fiando en el cielo  
esa carta os ha enviado,  
me espera, y vuelvo á su lado



- sin que la lleve un consuelo.  
 LEICEST. Guardadla vos. (Le da la carta.)  
 MORTIM. (Tomándola con desprecio.) (Y es su amante!)  
 Bien.  
 LEICEST. Y decid á María,  
 que como en su alma, en la mia  
 vive el amor más constante.  
 MORTIM. Decídselo vos, milord,  
 que yo soy, porque lo quiero,  
 de sus quejas mensajero,  
 pero no de vuestro amor.

## ESCENA IV.

LEICESTER, despues PAULETO.

- LEICEST. Es jóven y generoso,  
 no hará, de fijo, carrera.  
 Pauleto, habeis conseguido,  
 al cabo, ver á la reina?  
 PAULETO. La he buscado inútilmente.  
 LEICEST. Aguardaos; aquí llega.  
 Y si al recibir la carta  
 de la Stuardo, no contesta  
 negándose á la entrevista,  
 sin que más preciso sea,  
 dad orden para que dejen  
 bajar á la prisionera  
 á este parque en el momento.  
 PAULETO. Pero...  
 LEICEST. Yo soy quien lo ordena.

## ESCENA V.

DICHOS, ISABEL, BURLEIGH, TALBOT, CABALLEROS,  
todos en traje de caza.

- TALBOT. Hoy es el dia de gozo  
 más grande para Inglaterra.  
 ISABEL. Y para mí de pesar,



Talbot. Mi voluntad era  
ser libre toda la vida,  
y que en mi tumba leyeran  
los venideros: «Aquí  
yace la reina doncella.»

Mas no lo quiere mi pueblo,  
que ingrato conmigo, piensa  
en el día de mi muerte.

No basta que hoy feliz sea,  
y sacrifica mi dicha  
á su dicha venidera.

Quiere darme un dueño, Talbot,  
y con esto me recuerda  
que soy mujer; sin embargo,  
yo creo que en su defensa  
he luchado como un hombre.

TALBOT. El pueblo, que reverencia  
en vos todas las virtudes,  
aprender en vos espera  
las de esposa y las de madre.

ISABEL. No, Talbot, es ley suprema  
que hace esclavo de su pueblo  
al que una corona lleva...

Pero... qué quereis Pauleto?...

PAULETO. (Adelantándose.) Señora, la que fué reina  
de Escocia, os manda esta carta.

BURLEIGH. Traed.

PAULETO. Despues que la lea  
mi soberana. La Stuardo  
de enemigo me moteja  
y yo odio sólo sus faltas;  
pero lo que en mi conciencia  
es justo, aun en su provecho  
lo haré. (La reina ha tomado la carta y lee.)

BURLEIGH. (A Pauleto.) Pero qué desea?

PAULETO. Ver á la reina.

BURLEIGH. Imposible.

PAULETO. Por qué?

BURLEIGH. La mujer artera  
que hasta ha atentado á su vida,  
no es digna de la clemencia.

TALBOT. Si la reina quiere darle



ese consuelo en sus penas,  
por qué atajar ese impulso  
generoso?

BURLEIGH. Su cabeza  
pertenece ya al verdugo,  
y es anular la sentencia  
acceder á su deseo;  
señora, la real presencia  
lleva consigo la gracia...

ISABEL. (Enjugándose las lágrimas.)  
Ah! Qué es la humana grandeza?  
A qué extremo ha descendido  
la que ya se creyó dueña  
de tres naciones un día! (A Leicester.)  
Ved, milord, qué diferencia  
entre esta súplica humilde  
y la arrogante soberbia  
de aquel tiempo en que hizo suyo  
el escudo de Inglaterra,  
y se dejaba llamar  
por sus cortesanos dueña  
de las tres islas británicas...  
Ah! Me agobia lo tristeza!...

TALBOT. Señora, Dios ha tocado  
vuestro corazón; no sea  
inútil esa emoción  
celestial; con crueles penas  
ha pagado ya sus faltas;  
dad oído á la clemencia

BURLEIGH. Yo en nombre de la justicia  
y del bien de la Inglaterra,  
os pido que no os dejéis  
arrastrar por la nobleza  
de vuestra alma

TALBOT. Mas...

LEICEST. Milores  
que cada cual permanezca  
en su lugar; este asunto  
toca no más á la reina,  
y ella sabrá resolverlo  
sin que necesarios sean  
vuestros consejos. Digno es



de su alma noble y excelsa  
seguir el hermoso impulso  
de la piedad, sin que tuerza  
por eso el sereno curso  
de la ley

ISABEL. No más querellas.  
Dejadme. Yo hallaré medio  
de conciliar la clemencia  
con la justicia

LEICEST. (A Pauleto.) (Id al punto  
y haced lo que os dije.)

PAULETO. (Sea  
para bien.) (Vase. Los nobles se retiran.)

ISABEL. (A Leicester.) Conde, aguardad.

BURLEIGH. (El vence... Mas tiempo queda.)

## ESCENA VI.

ISABEL, LEICESTER.

ISABEL. Parece que estais inquieto :  
de la caza habeis huido...  
Porque...

LEICEST. Sufro combatido  
por el dolor y el respeto.

ISABEL. Pues qué extraña agitacion  
así conmoveros puede?  
No comprendo... Qué os sucede?

LEICEST. Me preguntáis la razon?  
Mi alma, del dolor esclava,  
huye el alegre bullicio,  
porque hoy hace el sacrificio  
de aquello que más amaba:  
y ahora, al volveros á ver  
se aumenta más mi dolor;  
que siempre se ve mayor  
el bien que se va á perder.  
Quien el supremo bien deja  
con el pecho sosegado?  
Cuál mayor que verse amado  
por vos?



ISABEL.

Ah! Justa es la queja.  
 Si libre mi corazon  
 pudiera haber elegido,  
 Dudley, otra hubiera sido  
 de seguro mi eleccion:  
 mas llevando un nombre régio  
 hollar la razon de Estado...  
 Solo Maria Stuardo ha osado  
 lograr ese privilegio.

LEICEST.

Hoy, en cambio, encarcelada  
 consume el llanto su vida  
 á la desgracia rendida.

ISABEL.

Pero, y la dicha pasada?  
 Quién de sus dias felices  
 podrá igualar la victoria  
 de hacer título de gloria  
 hasta sus propios deslices?  
 Quiso sólo ser mujer,  
 y los hombres la adoraron,  
 porque en ella contemplaron  
 su único Dios: el placer.  
 Y con igual avidez,  
 aun rinde culto á la diosa,  
 la juventud bulliciosa  
 que la cansada vejez.  
 El mismo Talbot olvida  
 su edad, si su nombre escucha,  
 y muestra en su faz la lucha  
 de la vejez y la vida.

LEICEST.

Fué su guarda, y tanto puede  
 una mujer engañosa.

ISABEL.

Mas decidme: es tan hermosa  
 que todo á su encanto cede?

LEICEST.

Dios la concedió ese don;  
 mas yo coloco en mi mente  
 á vos y á ella, frente á frente,  
 y os llevais el galardón.  
 Pierde todo su atractivo  
 cualquier humana belleza,  
 ante la hermosa nobleza  
 de vuestro semblante altivo.  
 Ella es más jóven...

ISABEL.



LEICEST.

Error!

Y el mal y los desengaños?  
Nunca marchitan los años  
lo que marchita el dolor.  
Ella, que hoy de la inconstante  
suerte llora la mudanza,  
ya dejó atrás la esperanza,  
y vos la teneis delante.

ISABEL.

Quieren que mi enojo olvide  
y la vea, y no consigo...

LEICEST.

Conceded como castigo  
lo que como gracia os pide.  
Será pena ménos dura  
para ella perder la vida,  
que verse por vos vencida  
en majestad y hermosura.  
De la ley el brazo fuerte  
no consumará el derecho,  
que la envidia y el despecho  
sólo la darán la muerte.  
Oh! Si ahora os viera ella  
un instante nada más...

ISABEL.

Ahora. Por qué?

LEICEST.

Jamás

habeis estado tan bella.

ISABEL.

Ahora... Seria imprudente:  
antes he de consultar  
á Burleigh.

LEICEST.

No puede entrar  
mas que la ley en su mente.  
Y os privará del placer,  
del triunfo más merecido:  
como reina habeis vencido,  
pero no como mujer.  
A más, nadie la verdad  
podria saber, si fuera,  
de modo que pareciera  
dichosa casualidad.  
Preparándolo con arte,  
pues que ya en el bosque estais,  
es muy fácil que podais  
encontrarla en cualquier parte.



- Yo lo haré.
- ISABEL. Bien, si hallais modo ;  
más venid, la corte espera  
y no es justo...
- LEICEST. De manera  
que accedeis?
- ISABEL Accedo á todo.  
Vamos, pues.
- LEICEST. (Cayó en el lazo.)
- ISABEL. Por la amargura pasada,  
no quiero negaros nada  
hoy.
- LEICEST. Isabel!
- ISABEL. Dadme el brazo.
- (Vánse Isabel y Leicester. La escena queda un momento sola.)

## ESCENA VII.

MARIA, ANA.

- ANA. Detenéos, señora,  
que no puedo seguiros tan ligera.
- MARIA. No, déjame que goce libremente  
de esta bendita hora,  
de este loco deseo vehemente.  
Estoy libre! A mi antojo vagar puedo;  
las sombrías paredes  
de mi cárcel oscura,  
no me oponen su valla aborrecida,  
y esta alegre pradera, esta espesura  
me ofrecen aire, luz, libertad, vida.
- ANA. No os dejeis arrastrar por el deseo,  
que este bien guarda acaso otras congojas;  
si no veis la prision, es que escondida  
la tienen esos olmos por sus hojas.
- MARIA. Oh, Dios! Benditos sean,  
pues mi martirio ocultan  
y de alegre esperanza me rodean!  
Yo quiero imaginar que soy dichosa.  
No puedo contemplar libre y sin duelo,  
bañándose en su luz mi vista ansiosa,



el ancho espacio del alegre cielo?  
 Mira: allá abajo, al pié de esas montañas,  
 donde en bosque se tornan las praderas,  
 cuya cima á las nubes desafía,  
 empiezan de mi reino las fronteras...  
 Allí fui reina un día!...  
 Esas nubes ligeras,  
 que bordan al pasar el claro cielo,  
 llevan igual camino que mi anhelo:  
 devorando veloces la distancia  
 van á cruzar el mar con ráudo vuelo  
 y á saludar las costas de la Francia,  
 los frescos valles, las campiñas bellas  
 que esmaltan por doquier mi patrio suelo...  
 ¡Ay! Por qué no podré volar con ellas!...

### ESCENA VIII.

DICHOS, PAULETO.

PAULETO. Ya veis que no os quiero mal.  
 MARÍA. Cómo! Es á vos á quien debo  
 este favor?

PAULETO. Por qué no?  
 Entregué á la reina el pliego  
 que me disteis...

MARÍA. Gracias, gracias...  
 Os juzgué mal.

PAULETO. Otro nuevo  
 favor debeis á la augusta  
 soberana...

MARÍA. No os comprendo.

PAULETO. La reina Isabel, está  
 cazando en el parque.

MARÍA. Cielos!...

ANA. Señora...

PAULETO. Acaso os disgusta?

No era ese vuestro deseo?

Vendrá á hablaros. Ved si es buena.

MARÍA. Por qué no adiviné yo esto?...

Verla!... Aquí! Ahora!... Imposible!



PAULETO. Pues no lo pedisteis?

MARÍA.

Cierto.

Y eso que como favor  
supliqué una vez y ciento,  
ahora me aterra... Ven, Ana.  
Vámonos de aquí... Ven presto...  
Ah! Talbot!

### ESCENA IX.

DICHOS, TALBOT.

MARÍA.

Llegais aquí

enviado por el cielo.

No quiero verla...

TALBOT.

Señora...

Volved en vos.

MARÍA.

No, no puedo.

Me horroriza... Es imposible.

TALBOT.

Calmaos: ved que vá en ello  
vuestra suerte.

ANA.

Oh! Dios... Señora...

TALBOT.

Mirad que este es el momento  
decisivo.

MARÍA.

Sí, lo sé.

Le he esperado mucho tiempo.

Me he preparado á este golpe

largos años en mi encierro,

he grabado en mi memoria

entre lágrimas y rezos

una á una las palabras,

los reproches y los ruegos

que yo queria decirla

una vez, y veinte, y ciento...

y todo se me ha olvidado.

Sí, Talbot, ya no recuerdo

más que mi horrible martirio,

su traicion, mi desconsuelo,

y odio no más, odio solo

es lo que en el alma siento.

TALBOT.

Calmad esa agitacion,



moderad esos extremos,  
que el odio en frente del odio  
no pueden dar nada bueno.  
Aunque os duela, obedeced  
la dura ley del momento,  
y humillaos.

MARÍA. A ella! Nunca.  
TALBOT. Dios lo quiere, no hay remedio.  
Ella tiene el poder.

MARÍA. Ah!...

TALBOT. Mostradla al ménos respeto,  
apelad á su indulgencia  
y callad vuestros derechos:  
no es este el caso oportuno,  
lo primero es lo primero.

MARÍA. Ah! Yo he buscado mi pérdida  
y me la concede el cielo.  
Dios es justo. No debíamos  
jamás frente á frente vernos...  
He sido ultrajada, Talbot,  
de tal modo, que no hay medio  
de que me reconcilie  
con ella...

TALBOT. Pensad al ménos...

MARÍA. Me han tratado infamemente...

TALBOT. Desechad esos recuerdos  
y pensad sólo en hablar  
á la reina sin recelo.

MARÍA. Quién está con ella? Burleigh?  
A su nombre solo tiemblo.

TALBOT. El no: la acompaña el conde  
de Leicester, que es afecto  
á vos.

MARÍA. Ah! Sí, bien lo sé.

TALBOT. Cómo?

PAULETO. La reina...

MARÍA. Esto es hecho.



## ESCENA X.

DICHOS, ISABEL, LEICESTER, UN CORTESANO.

(María se retira y permanece sin levantar los ojos apoyada en Ana.)

ISABEL. (Al cortesano.) Decid á mi comitiva  
que vuelva á Lóndres despacio;  
quiero volver á palacio  
sin que el pueblo lo perciba...  
Su cariñosa afeccion  
me muestra de tal manera,  
que ya al cariño supera  
y raya en adoracion.  
(El cortesano saluda y váse.)  
Venid, conde, aquí no hay (A Leicester.)  
quien nos pueda detener...

MARÍA. (Levanta la cabeza, vé á la reina y se cubre la cara con las  
manos.) Ah!

ISABEL. Quién es esa mujer? (Pausa)

LEICEST. Estais en Fotheringay.

ISABEL. Quién hizo tal imprudencia!...

LEICEST. El azar, tal vez el cielo,  
para dar espacio al vuelo  
de vuestra régia clemencia.

TALBOT. Volved los ojos, señora,  
y no os encuentre reacia  
la queja de la desgracia,  
que vuestro perdon implora.  
(María reúne sus fuerzas y trata de aproximarse á Isabel,  
pero se detiene y vá á echarse en brazos de Ana.)

ISABEL. Me engañasteis otra vez  
burlando mi compasion.  
En vez de la sumision  
me encuentro con la altivez,  
y hallo, en vez del ruego ardiente,  
una mujer altanera,  
á quien la suerte más fiera  
no hace doblegar la frente,

MARÍA. (Sea. Pues he de apurar  
este cáliz de dolor,



dame, Dios mío, valor,  
no me dejes desmayar.  
Lejos de mí, orgullo altivo  
y vanidad irrisoria!

No recuerde mi memoria  
lo que soy ni cómo vivo.  
Quiero, ante la misma que es  
mi rival aborrecida,  
humillar mi frente ungida  
y arrodillarme á sus piés.)

(Dando algunos pasos hácia Isabel y arrodillándose pausadamente.)

El cielo en vuestro favor  
ha dictado su mandato,  
y yo la sentencia acato  
sin envidia y sin rencor.  
El coronó vuestra frente;  
yo, que mi desdicha lloro,  
me humillo ante vos, y adoro  
su poder omnipotente.

Volved los ojos á mí.  
Pues lograsteis la victoria,  
haced mayor esa gloria  
y no me dejéis así.

Partid conmigo la dicha  
de triunfo tan soberano,  
alargándome una mano  
en medio de mi desdicha.

ISABEL.

Estais en vuestro lugar.  
Dios, que el triunfo me otorgó,  
no ha permitido que yo  
os tenga así que rogar.

MARIA.

Pensad que inconstante es  
la fortuna, y que varía,  
que también fui reina un día  
y hoy estoy á vuestros piés.  
No hagais mayores mis penas  
siquiera por el honor  
de la sangre de Tudor  
que corre por vuestras venas.  
Sí, vos me quereis oír  
y en vos la esperanza guardo.



- ISABEL.      Hablad, pues, lady Stuardo.  
                     Qué me teneis que decir?  
                     (María se levanta con indignacion.)  
                     Que os oiga me habeis pedido,  
                     y, aun cuando en razon no puedo,  
                     yo ese favor os concedo,  
                     mi rencor dando al olvido.
- MARÍA.      Cómo empezar? Qué decir?  
                     Qué palabras podré hallar  
                     con que me pueda quejar  
                     y que no os puedan herir?  
                     Me habeis tratado cruelmente...  
                     Pero de ello no os acuso;  
                     fué el destino, que interpuso  
                     entre ambas un ódio ardiente.  
                     Con nosotras ha crecido,  
                     y por torpe ambicion, luego  
                     otros hombres, de ese fuego  
                     la llama han enardecido.  
                     Mas cese la lucha cruel:  
                     no es que altiva os desafía  
                     una rival, es María  
                     que habla á su hermana Isabel.  
                     (Acercándose dulcemente.)
- ISABEL.      Ese afecto fraternal  
                     tan de improviso nacido,  
                     no tendrá, acaso, escondido,  
                     tras la protesta un puñal?
- MARÍA.      Ah! Me respondeis así  
                     cuando mi perdon espero!...
- ISABEL.      Sería, acaso, el primero  
                     que alzaríais contra mí?
- MARÍA.      Yo no: fué el duro destino  
                     de los reyes: sus rencores  
                     truecan la paz en horrores  
                     y al soldado en asesino.  
                     Tal grandeza el sόlio encierra  
                     que el mal, como el bien, abulta;  
                     cuando el sol su faz oculta  
                     surge la noche en la tierra.  
                     Si tan negra iniquidad  
                     mis amigos cometieron,



ellos por mi bien lo hicieron,  
 más no por mi voluntad.  
 Pero ya no temais nada;  
 á vos todo lo abandono,  
 que ya no quiero ese trono  
 de que me he visto arrojada:  
 ya los altos pensamientos  
 no caben en mi alma triste,  
 que apenas, débil, resiste  
 tan continuados tormentos.}   
 Ya no; en la oscura estrechez  
 he perdido en mi prision  
 el fuego del corazon  
 con el brillo de la tez.  
 Pero acabad, ay de mí!

Vuestra voz mi suerte labra;  
 pronunciad esa palabra  
 que os ha traído hasta aquí.  
 Decid:—Sois libre. Marchad.  
 Ya os he hecho reconocer  
 la fuerza de mi poder,  
 sentid ahora mi bondad.—

ISABEL.

Ah! Ya os confesais vencida!  
 Ya no hay más complots arteros,  
 ni locos aventureros  
 que os sacrifiquen su vida:  
 ya todo encanto es ocioso,  
 que no os queda más que el nombre  
 y no encontrareis un hombre  
 para vuestro cuarto esposo:  
 ya no hay nécios delirantes  
 que se os ofrezcan rendidos,  
 que vos matais los maridos  
 lo mismo que los amantes.

MARÍA.

Isabel! Hermana mía!  
 (Dáme paciencia, Señor.)  
 Soy débil.

ISABEL.

(A Leicester.) Decid, milor,  
 es ésta aquella María?  
 Miradla bien: esta era  
 aquella belleza rara  
 que no hubo hombre que no amara



MARÍA. ni mujer que no temiera?  
Basta.

ISABEL. Sí, basta. Hasta ahora  
el disfraz habeis mostrado,  
mas ya el disfraz arrancado,  
mostráos cual sois.

TALBOT. Señora...

MARÍA. (Con cólera, pero con dignidad.)  
He pecado, débil fui;  
el fausto, la adulacion  
perturbaron mi razon;  
y, pobre mujer, caí.  
Pero en mi misma demencia,  
rechacé, al verme culpable,  
el engaño miserable  
de una hipócrita apariencia.  
Ay de vos, si la verdad,  
despreciando vuestro anhelo,  
rasgára el impuro velo  
de vuestra debilidad!  
Que si algun afecto honrado  
es posible que en vos cuadre,  
no será de vuestra madre  
de quien lo hayais heredado.  
Nadie ignora al ver mi pena  
la culpa que tengo yo,  
ni por qué virtud subió  
al cadalso Ana Bolena.

ISABEL. Miserable!

TALBOT. (A María.) Hablar así,  
es prudencia?

MARÍA. Tuve poca?

LEICEST. (Arrastrando á Isabel.)  
No la escucheis, está loca.  
Salgamos pronto de aquí.

MARÍA. (Vase Isabel seguida de Leicester, Talbot y cortesanos.)  
(Gritando) El trono bastarda planta  
hoy profana y compromete!...  
El pueblo inglés es juguete  
de una infame comedianta!  
El azar el triunfo os dió,  
que si el derecho venciera



hoy á mis piés os tuviera,  
porque la reina soy yo.

# ESCENA XI.

MARIA, ANA.

ANA. Qué habeis hecho? Triste dia!  
Prometisteis tener calma...  
MARIA. (Que ha permanecido mirando alejarse á Isabel.)  
Lleva la muerte en el alma!...  
(Echándose en brazos de Ana.)  
Qué bien me siento, Ana mia!...  
Ya mi angustia y mi tormento  
contemplo como favor...  
Cien años más de dolor  
no igualan á este momento.  
ANA. Qué locura!  
MARIA. La he vencido!...  
Libre, por fin, mi altivez,  
he sido reina otra vez.  
Y él lo ha visto! Y él lo ha oído!...

# ESCENA XII.

DICHAS, MORTIMER, vivamente agitado.

MORTIM. Oh! sí. La reina sois vos.  
Vos la reina, ella la esclava.  
Pero ya su triunfo acaba.  
Reinareis, lo quiere Dios.  
MARIA. Ah! Qué intentais?  
MORTIM. Olvidad  
el martirio que os agita.  
Su sentencia está ya escrita.  
Que Dios me ayude. (Sale corriendo.)  
MARIA. Escuchad.



## ESCENA XIII.

MARÍA, ANA.

MARIA. Su acento me causa miedo.  
He leído en su semblante  
algo terrible... Está loco,  
loco...

ANA. Que el cielo se apiade  
de nosotras!

MARÍA. Más, qué intenta?...  
Ni aún ha querido escucharme...  
Ana!...

ANA. Todo será inútil.  
Esa mujer implacable,  
á quien habeis humillado,  
no os perdonará el ultraje.  
Más, qué es eso!...

PAULETO. (Dentro.) Ola! Soldados,  
cercad los muros del parque.  
El asesino está dentro.

MARÍA. Qué dicen?...

ANA. Dios nos ampare!

## ESCENA XIV.

DICHAS, MORTIMER con la ropa desgarrada y agitadísimo,  
después LEICESTER, luego PAULETO y soldados.

MORTIM. (Cayendo de rodillas ante María.)  
Ah! Perdon. Os he perdido!...  
No supe el golpe acertar...  
Yo la queria matar  
y ni siquiera la he herido.

LEICEST. Desgraciada!

MARÍA. No os comprendo.

MORTIM. Huid. (A Leicester.)

LEICEST. Qué hablais, insensato?

MORTIM. Deje caer el retrato



y la carta al ir huyendo.

LEICEST. Cómo! (Aterrado)

MARÍA. Todo lo adivino.

LEICEST. (Estoy perdido!... Huiré...

Ah, no!) (Con resolucion y gritando.)

Aquí, soldados.

MORTIM.

Qué?

MARÍA. Cómo!...

LEICEST. Aquí está el asesino.

PAULETO Y

SOLDADOS Muera! (Saliendo precipitadamente.)

MARÍA. (A Leicester,) Vos!... Dios soberano! (Cae desmayada en brazos de Ana.)

LEICEST. Sujetadle. (Los soldados sujetan á Mortimer.)

PAULETO. Tal traicion!...

LEICEST. (Aun hallaré salvacion:  
corro á palacio.)

MORTIM. (Con ira y desprecio) Villano!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

### CUADRO PRIMERO.

Cámara de la reina.

#### ESCENA PRIMERA.

ISABEL, con un retrato y una carta en la mano, y  
BURLEIGH.

ISABEL. Burlarme de un modo tal!  
Qué mujer fué así engañada?  
Gozarse en verme humillada  
ante mi odiosa rival!

BURLEIGH. Creedme, que no se alcanza  
á mi pobre inteligencia,  
en él tanta imprudencia  
y en vos tanta confianza.  
ni perdonad si me quejo  
de que inclineis la opinion  
á la artera adulacion  
más que al prudente consejo.

ISABEL. Si yo humillarla creia...  
Y ella imprudente, altanera  
me injurió... Y él? Quién pudiera



sospechar tanta falsía?  
 Cómo creerle traidor?  
 En quién fiar, Dios divino,  
 si así sabe un asesino  
 el lenguaje del amor?  
 El, por quien pisé la ley,  
 á quien hice igual á mí!  
 El traidor, que manda aquí  
 como dueño, como rey!

BURLEIGH. Ante la extraña influencia  
 de su loco amor, lo olvida.

ISABEL. Lo pagarán con la vida.  
 Está escrita la sentencia?

BURLEIGH. Héla aquí. Mi deber es.

ISABEL. Su muerte es justa, pues sea.  
 Quiero que él morir la vea.  
 Ella primero, él despues.  
 Ya sólo siento rencor,  
 sólo en su castigo pienso,  
 y ha de ser inmenso, inmenso  
 como ha sido mi favor.

BURLEIGH. Si alguien de vos no le aparta,  
 él hasta vos llegará,  
 le oireis, os convencerá...

ISABEL. Convencerme! Y esta carta?  
 No está escrita por María?  
 No le ha ofrecido su amparo?  
 Ah! Su crimen está claro  
 como el sol de mediodía.

BURLEIGH. Pero le habreis de escuchar,  
 y si viene...

ISABEL. Está juzgado.  
 No he de verle. Habeis mandado  
 que no le dejen entrar?

BURLEIGH. Sí.

ISABEL. Buscad un hombre fiel  
 que le ponga al punto preso  
 y comenzad el proceso.

UN PAGE. Milor de Leicester. (Anunci ando.)

ISABEL. El!

Teneis mis órdenes ya.

No quiero verle. (Viendo que el page vacila.) Dudais?



- PAGE. Decídselo así. (Con cólera.) No vais!  
Señora, no me creará,  
y temo...
- ISABEL. Le hice subir  
tan alto, que se concibe.
- BURLEIGH. Su Magestad le prohíbe (Al page.)  
la entrada. Idlo á decir.  
(Váse el page.) (Pausa.)
- ISABEL. Acaso he obrado cegada,  
de mí misma en menosprecio...

## ESCENA II.

DICHOS, LEICESTER abriendo la puerta con violencia.

- LEICEST. Quiero conocer al necio  
que me impide aquí la entrada.
- ISABEL. Temerario!
- BURLEIGH. Entrar así  
temeridad es, por Dios.
- LEICEST. Dónde habeis entrado vos,  
quién me niega el paso á mí?  
(Arrodillándose ante Isabel.)  
Sólo mi reina y señora,  
y de su boca no más...
- ISABEL. Yo no os quiero oír... Atrás.  
Infame!
- LEICEST. (Aun llegué á buena hora.)  
Hay quien en mi ruina piensa,  
mas venceré la traicion:  
oisteis la acusacion,  
escuchad, pues, la defensa.
- ISABEL. Es inútil.
- LEICEST. Cómo!
- ISABEL. Hablad.
- LEICEST. Quién jamás pensar podía  
que mi reina llegaría  
á dudar de mi lealtad!  
De vuestra bondad abusan  
los que mi ruina pretenden,  
y al injuriarme, os ofenden.



ISABEL. Son hechos los que os acusan.  
Dádme esa carta (A Burleigh.)

BURLEIGH. (Dando la carta á Isabel.) Héla aquí.

ISABEL. Leed, leed con sosiego  
y negad que...

LEICEST. No lo niego:  
esa carta es para mí!

ISABEL. Confesais!

BURLEIGH. La prueba es tal,  
que negar es cosa ociosa.

LEICEST. Seria bien poca cosa  
para cualquier juez leal.  
Nadie, sino al que atosiga  
de la envidia el cruel demonio,  
daria fé al testimonio  
de mi mortal enemiga.  
A quien yo condené á muerte  
y desprecié como amante,  
de otro amor firme y constante  
sujeto por yugo fuerte.  
Mas limpio estoy del delito  
y hablaré sin falsedad.  
La carta es mia, y verdad  
es lo que en ella hay escrito.  
Yo, de vuestro bien celoso,  
he tratado con Maria...

(Movimiento de incredulidad en Isabel y Burleigh.)

Sólo yo tentar podia  
un juego tan peligroso.  
Pese á la sagacidad (A Burleigh.)  
vuestra, tan cruel como vana,  
sin mí, la Stuardo, mañana  
estaria en libertad.

Oyendo vuestros consejos  
la reina, al dar su custodia  
á Mortimer, que la odia,  
ha ido demasiado lejos.  
Le ha abierto su corazon  
tan alto puesto al fiarle,  
y aun ha llegado á encargarle  
de una sangrienta mision.

ISABEL. Cómo!



BURLEIGH.

Sabeis!

LEICEST.

Causa risa

vuestra arrogancia sin nombre:

sabeis quién es ese hombre?

Un enviado de Guisa,

que á su nueva secta fiel,

dispuesto á lograr venia

la libertad de María

y la muerte de Isabel.

Más quien se puede extrañar

de que esto no hayais sabido

si del crimen cometido

no lograis el reo hallar?

Mientras que, por ruin venganza

de la envidia que os devora,

á vuestra reina y señora

llenais de desconfianza,

exento del mal que os ciega,

el traidor, el acusado,

sigue la huella al malvado

y prende al reo y le entrega.

Un hombre su brazo alzó

vuestra sangre por verter:

sabeis quién es? Mortimer.

Sabeis quién lo ha preso? Yo.

ISABEL.

Así pagan mis favores

todos, y yo reina soy!

Todos... Es decir que estoy

rodeada de traidores.

LEICEST.

Todos no, que yo...

ISABEL.

Apartad.

LEICEST.

Aun dudais?

ISABEL.

Creeros deseo

y no sé si dudo ó creo...

Oh! Qué maldita mujer!

LEICEST.

Sí, teneis razon por Dios.

Yo, que hasta hoy la he defendido,

su muerte inmediata pido.

BURLEIGH.

Vos pedis su muerte? Vos!

LEICEST.

Aunque su suerte inhumana,

como noble inglés, me aflije,



veo que es justa. Lo exige  
el bien de mi soberana.

ISABEL. Yo lo pensaré despacio.

BURLEIGH. Mi admiracion no os oculto (A Leicester.)  
Qué ocurre? (Al page que entra precipitadamente.)

PAGE. El pueblo en tumulto  
se dirige hácia palacio.

BURLEIGH. Que cierren las puertas.

LEICEST. No.

Nada tiene que temer  
la reina.

ISABEL. Qué puede ser?

LEICEST. Vendré á deciroslo yo. (Váse.)

### ESCENA III.

ISABEL, BURLEIGH, luego TALBOT.

BURLEIGH. Señora, he juzgado mal  
y mis sospechas deploro.  
La prueba que mirlod dá,  
su acento, su calma, todo,  
demuestra bien claramente  
que es leal.

ISABEL. Sois rencoroso  
é incrédulo.

BURLEIGH. En este instante  
todo mi rencor depongo.

ISABEL. Bien. Enteraos al punto  
de qué causa el alboroto.

### ESCENA IV.

DICHOS, TALBOT que entra precipitadamente.

TALBOT. Señora...

ISABEL. Qué ocurre, Talbot?

TALBOT. Se trama un complot infame  
para nublar vuestro nombre  
con una mancha de sangre.



No cedais á la violencia.  
Sed reina, que no os engañen.

BURLEIGH. Pero explicaos.

TALBOT.

El pueblo,  
de quien sois señora y madre,  
creyendo que vuestra vida  
corre peligro, agrupándose  
se dirige hácia palacio  
extremeciendo los aires  
con voces de horror y muerte.

ISABEL.

Y qué quieren? Quién los trae?

TALBOT.

Los ha congregado el odio  
contra una mujer culpable,  
pero á quien vos solamente  
podeis juzgar; delirantes  
piden á gritos su muerte,  
sedientos de noble sangre,  
y una vez en el camino  
y, como pueblo, irritable,  
confunde en su indignacion  
á traidores y leales.

Suena el nombre de Leicester  
con los de Norfolk y Parry,  
y el tumulto, que ahora incierto  
cruza y conmueve las calles,  
amenaza convertirse  
en espantosa catástrofe.

BURLEIGH. Si lo que piden es justo  
qué hay que temer?

TALBOT.

No es bastante

que se pida la justicia.

ISABEL.

Es que quieren obligarme?...

TALBOT.

Ya lo veis... Y una vez rotas,  
ya del respeto las llaves,  
quien ayer pidió lo justo,  
mañana querrá lo infame.  
Poder que cede á la fuerza  
no es poder, es vasallaje.  
Trono que una vez vacila,  
al segundo empuje cae.

BURLEIGH. Señora, el rumor aumenta.

Firmad. (Presentándole la sentencia.)



ISABEL. Dios mio! Dejadme.  
 Talbot, ya lo veis, me obligan!..  
 TALBOT. Quien puede á tanto lanzarse?  
 No sois la reina? Mostrad  
 que lo sois. En este instante  
 no es juicio, sino venganza  
 vuestra sentencia. Escuchadme:  
 dad de trégua un sólo dia.  
 BURLEIGH. Dilatad lo inevitable;  
 dad tiempo á que los traidores,  
 nuevamente despertándose,  
 al calor del alboroto  
 puedan conseguir sus planes,  
 y otro puñal más certero  
 contra vos en tanto se alce.  
 Tres veces Dios ha apartado  
 el hierro de vuestra sangre:  
 pedir un nuevo milagro  
 es tentar á Dios.  
 ISABEL. Dejadme.

## ESCENA V.

DICHOS, LEICESTER, vivamente agitado.

ISABEL. Ah! Leicester!  
 TALBOT. Dios os manda.  
 Vos pensais cual yo sin duda...  
 LEICEST. Qué pretendéis?  
 TALBOT. Dadme ayuda  
 en esta noble demanda.  
 Vos, el vasallo más fiel,  
 libertad con mano fuerte  
 á una mujer de la muerte  
 y de un crimen á Isabel.  
 El pueblo...  
 LEICEST. Vengo en su nombre  
 á pedir que la sentencia  
 se cumpla.  
 TALBOT. Vos! Qué demencia!  
 LEICEST. Qué hay en ello que os asombre?  
 Dando á su duelo tributo,



la protegi con aliento;  
pero hoy, que un crimen sangriento  
llena á Inglaterra de luto,  
negro crimen cometido  
de esa mujer en provecho,  
la piedad guardo en mi pecho,  
y su pronta muerte pido.

ISABEL. Ya lo oís. Todos lo quieren.

BURLEIGH. Es la verdad que se impone.

LEICEST. Firmad.

TALBOT.

Que Dios les perdone  
y no mueran como hieren.  
Os arrastran á una incierta  
lucha que de juicio os priva.  
Temeis á la Stuardo viva?  
No, no; temedla más muerta.  
Hoy su mano no os alcanza,  
pero despues que sucumba,  
ha de surgir de la tumba  
como diosa de venganza.  
Pasado el loco delirio,  
el pueblo os la pondrá enfrente  
dando esplendor á su frente  
la corona del martirio.  
La enemiga de sus leyes  
ve en ello con rabia insana,  
le vereis llorar mañana  
por la nieta de sus reyes,  
y el temor, fiel compañero  
de la odiosa tiranía,  
reemplazará á la alegría  
con que hoy os ve el pueblo entero.  
Y os huirá, que todo cede  
del terror á la ley dura:  
qué cabeza habrá segura  
cuando esa cabeza ruede?

ISABEL.

Por qué, burlando el destino,  
de mi pecho amenazado,  
há poco habeis apartado  
el puñal del asesino?  
Ya la lucha me intimida,  
y desmayo y desespero...



A tanta costa, no quiero  
la corona ni la vida.

BURLEIGH. Qué decis? Esa flaqueza  
en un alma noble es mengua;  
lo que ha dicho vuestra lengua  
infama vuestra grandeza.  
Y perdonadme, por Dios,  
que oiros sin protestar  
es, á una vez insultar  
al pueblo, al trono y á vos.  
Lo primero es el deber:  
Dios, que vuestra causa abona,  
os ha dado la corona  
para luchar y vencer.  
Vos, milord, vos que lograis (A Leicester.)  
en su alma tal ascendiente,  
hablad; decid lealmente  
á la reina, qué pensais.

TALBOT. Podeis ser su salvacion.

LEICEST. Quién puede contraponer  
la vida de una mujer  
con el bien de una nacion?  
Justa ha sido la sentencia;  
el pueblo, que no la olvida,  
hoy quiere verla cumplida:  
resistir es imprudencia,  
y puede estallar su encono.

ISABEL. Sea, pues.

BURLEIGH. (Logré vencer.)

TALBOT. Firmais?... No lo quiero ver!

ISABEL. Terrible peso del trono! (Vase.)

(Firma y se aparta con horror.)

BURLEIGH. Salvais á Inglaterra.

ISABEL. Sea.

LEICEST. Podeis dudar de mí ahora?

(Tomando la sentencia.)

BURLEIGH. Qué?

LEICEST. Permitidme, señora,  
para que el pueblo la vea.

ISABEL. Ya están mis dudas deshechas,  
pero el pueblo en su error fiero,  
no confia en vos, y quiero



- desvanecer sus sospechas.
- BURLEIGH. Fácil es, en mi opinion,  
conseguir tal resultado,  
si milord queda encargado  
de ordenar la ejecucion.
- LEICEST. Yo!
- BURLEIGH. Quién podrá imaginar  
en vos la horrible firmeza  
de ver caer la cabeza  
que os acusan de adorar?
- ISABEL. Me habeis sabido entender,  
lord Burleigh, y así se hará.  
(A Leicester, señalando á Burleigh.)  
Milord con vos partirá  
ese penoso deber.
- LEICEST. (Fiera mujer vengativa!  
La muerte mi vista altera.)
- BURLEIGH. Qué haceis? (Viéndole vacilar.)
- LEICEST. El pueblo me espera.
- Viva Isabel!
- (Asomándose á la ventana y agitando la sentencia en su mano.)
- PUEBLO. (Fuera.) Viva! Viva!

FIN DEL CUADRO PRIMERO.



## CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto. Repartidos sobre los muebles, ricos estuches y alhajas.

### ESCENA PRIMERA.

MELVIL, ANA sentada, llorando.

MELVIL. Señora. (Que entra.)

ANA. (Levantándose.) Melvil! Sois vos?

MELVIL. No han querido darme entrada hasta hoy.

ANA. Triste privilegio!

Hoy que á nuestra puerta llama  
la muerte, vuelven los bienes  
todos que antes nos negaban:  
las joyas, las ricas prendas,  
mirad, Melvil, esta sala:  
hoy nos lo devuelven todo:  
hoy, que no nos hace falta;  
ayer, viva, la miseria;  
hoy, al morir, la abundancia.  
Y la reina?

MELVIL.

ANA.

Está rezando:

Dios sólo llena su alma.  
Desde que oyó la sentencia,  
altiva, mas resignada,  
volvió sus ojos al cielo,  
y en él puesta la esperanza  
no ha conmovido su mente



ninguna afeccion mundana;  
 ha escrito su testamento,  
 si viérais!... Es una santa. (Llorando.)  
 MELVIL. Calmáos, que hoy el valor  
 es lo que más hace falta.  
 Yo lloraré mientras viva,  
 esta terrible desgracia,  
 nunca volverá á animar  
 una sonrisa mi cara,  
 y como el cuerpo, vestida  
 de luto llevaré el alma;  
 pero hoy quiero hacerme fuerte,  
 jurádmelo por Dios, Ana,  
 prometedme que entre tanto  
 que los demás con sus lágrimas  
 quiten valor á la reina,  
 vos, con mi ejemplo animada,  
 ahogareis vuestros gemidos,  
 sereis fuerte y tendreis calma.  
 ANA. Os lo prometo... Ella viene  
 os dejo solo... (Váse.)  
 MELVIL. Pobre Ana!

## ESCENA II.

MELVIL, MARÍA.

(Al aparecer la reina, Melvil hince la rodilla en tierra.)  
 MARÍA. Ah!... Melvil!... (Adelantándose y levantándole.)  
 Alzad, amigo.  
 Hoy es dia de victoria  
 y venís como testigo,  
 no á presenciar mi castigo,  
 sino á contemplar mi gloria.  
 Tambien á vos su rencor  
 os habrán hecho sentir  
 en este suelo de horror...  
 MELVIL. No he sentido otro dolor  
 que el no poderos servir.  
 MARÍA. Y Didier? El pobre anciano  
 ya habrá pagado tributo  
 á la edad...



MELVIL.

Lo anheló en vano;  
y hoy su temblorosa mano  
ha de vestir vuestro luto.

MARÍA.

Decidle que no le olvido,  
que mi pecho dolorido  
no siente más que un pesar:  
el no poder abrazar  
á todos los que he querido.  
Mas si no logro ese intento,  
les dejo en mi testamento  
una prueba de mi amor,  
tan rica de sentimiento  
como pobre de valor.  
Dádselas en nombre mio,  
que, aunque humildes, yo confío  
no mirarán su valia,  
sino toda el alma mia  
que con ellas les envío. (Pausa.)  
Así cesan en su anhelo  
mis afectos de este mundo...  
Ay, Melvil! Sólo un profundo  
dolor me aparta del cielo.  
Qué decís?

MELVIL.

MARÍA.

Con mano fuerte  
cumple Isabel su venganza.  
Oh! sí: su encono me alcanza  
aun más allá de la muerte.  
De culpas la negra carga  
mi alma lleva ante el Señor.  
Me niegan un confesor!..  
Ved qué crueldad tan amarga!  
No les basta en su victoria  
verme humillada y vencida:  
aquí me quitan la vida,  
y allá (Señalando al cielo.) me roban la gloria.  
Injustas son vuestras quejas.  
La oracion del que fiel es,  
llega hasta Dios á través  
de los muros y las rejas.  
En vano con hondos penas  
lo intentarán los tiranos:  
podrán ataros las manos...

MELVIL.



MARÍA.

para el alma no hay cadenas.  
Déme fuerzas vuestro ejemplo;  
mi fé sola no es bastante.

En este supremo instante  
busco con afan el templo.

La dudosa claridad,  
aurora que huye del mundo,  
de aquél silencio profundo  
la bendita soledad.

Las oraciones fervientes,  
el rumor de las pisadas  
medrosas y acompasadas,  
los prosternados creyentes,  
una imágen que este anhelo  
anime con sus antojos,  
algo en que fijar los ojos  
mientras mira el alma al cielo.

Que como el amante ausente,  
que lejos de la que adora,  
la forzosa ausencia llora  
aumentando el mal que siente,  
y con afan insensato

intenta calmar su angustia,  
besando ya una flor mística,  
ya una cinta, ya un retrato.

Pobres despojos sin vida  
en los que él cifra su gloria,  
solo porque son memoria  
de aquella mujer querida,  
el alma, del cielo en pos,  
buscándole con locura,  
en la más tosca escultura  
halla un recuerdo de Dios.

Yo no le hallo y desvarío!

MELVIL.

Esperad. Fé tan inmensa  
merece una recompensa  
y yo os la traigo.

MARÍA.

Dios mio!

MELVIL.

Mas la duda no os aflija;  
comenzad vuestra oracion.

MARÍA.

Qué decís?

MELVIL.

(Descubriéndose.) Esta prision



es un templo, á Dios cobija.  
 Adiviné vuestra suerte,  
 vi que yo nada podía...  
 Era pobre y no tenía  
 cómo evitaros la muerte.  
 Pero rico en mi pobreza,  
 de bienes más soberanos,  
 soy sacerdote, y mis manos  
 os traen la mayor riqueza.  
 (Desabrochándose y mostrando colgado al cuello un relicario.)  
 El pan de la Eucaristía,  
 bien donde el cielo se encierra,  
 que á los reyes de la tierra  
 el Rey de reyes envía.

MARÍA.

(Cayendo de rodillas.)  
 Mi Dios!... Dejad que demande  
 perdon. Oh!... Mi duda olvida.  
 No vale mi triste vida  
 una alegría tan grande,  
 Quién á tí no ha de acudir?  
 Quién no buscará reposo  
 en tí, mi Dios poderoso,  
 si haces dulce hasta el morir?  
 Ante tí el alma despierta  
 y en luz y en gloria se baña;  
 único amor que no engaña,  
 única esperanza cierta!  
 Escuchad mi confesion.  
 Vienen.

MELVIL.

(Oyendo ruido de voces y pasos.)  
 No hay tiempo.

MARÍA.

Un instante...

MELVIL.

Nada temais, es bastante  
 vuestra inmensa contricion.

MARÍA.

Y habré de morir así?

MELVIL.

Los instantes son contados...

MARÍA.

Oh!

MELVIL.

Todos vuestros pecados  
 yo los tomo sobre mí.  
 Pues tengo de Dios poder  
 para atar y desatar,  
 salva estais, podeis marchar  
 á la muerte sin temer.



## ESCENA III.

DICHOS, PAULETO.

PAULETO. (Entrando.) Señora, espera el Consejo...

MARÍA. Venid, iremos los dos  
adonde el cuerpo de Dios  
reciba... Decid, buen viejo,  
que no les haré esperar...  
Venid... Triste suerte mía!  
Hasta esta santa alegría  
tengo, mi Dios que ocultar...  
(Vánse María y Melvil.)

## ESCENA IV.

PAULETO, LEICESTER, BURLEIGH, JUECES, el VERDUGO  
y SOLDADOS por el fondo. ANA, MARGARITA, CLEMEN-  
CIA, KETTY, BERTA, ROSMUNDA BURGOYNY CABALLEROS  
por la izquierda. Despues MARÍA. LEICESTER se oculta  
detrás de los jueces. Los servidores de la reina lloran.

PAULETO. Entrad.

LEICEST. (No está!)

ANA. Son quimeras?...

¡Madre de Dios!

(Viendo al verdugo.)

BURLEIGH. Ya es la hora.

ANA. Ah! No son hombres, son fieras!

(María se presenta en la puerta apoyada en el brazo de Melvil.)

BURLEIGH. Vengo á recibir, señora,  
vuestras órdenes postreras.  
La reina me ha encomendado  
que nada justo se os niegue.

MARÍA. Ya á sir Pauleto he entregado  
mi testamento cerrado.

PAULETO. Se cumplirá.

MARÍA. Que no llegue  
á mis pobres servidores  
en castigo á su constancia



la pena de mis errores,  
y puedan á Escocia ó Francia,  
ir á ocultar sus dolores.

BURLEIGH. Libres estarán mañana

MARÍA. Lejos de sentir encono,  
como otra pasion mundana,  
decid á Isabel, mi hermana,  
que mi muerte la perdono;  
que fin sus rencores den  
pues tan solo dicha y bien  
mi alma á Dios para ella pide...  
que mis injurias olvide  
y me perdone tambien.

BURLEIGH. A decirlo así me obligo.

MARÍA. Vamos ya; sé tú mi guia (A Ana.)  
y dame en tu pecho abrigo,  
cariñosa madre mia.  
Tú sola vendrás conmigo,  
yo sé que tienes valor.

ANA.

BURLEIGH. No puede ser...

MARÍA. Es el único favor  
que os he pedido, milord.

BURLEIGH. Eso no está en mi poder.

MARÍA. ¡Oh! si lo hareis, yo confio  
y os lo suplico rendida  
vertiendo de llanto un rio.  
Matadme, vuestra es mi vida,  
pero el pudor, ese es mio.  
Si la muerte merecí,  
cúmplase el castigo aquí  
como la ley lo reclame,  
mas no ponga un hombre infame  
su mano grosera en mí.  
Acceded, no temais nada,  
no penseis que sus clamores  
eleve al cielo angustiada;  
milord. está acostumbrada  
á verme sufrir dolores.  
Ah no rompais en pedazos  
tan puros y amantes lazos...  
vi los primeros destellos



del sol en sus dulces brazos,  
que me halle la muerte en ellos...

PAULETO. Consentídselo, milord.

BURLEIGH. Si promete tener calma...

MARÍA. Respondo de su valor.

¡Ah! ven, Ana de mi alma!

Gracias por ese favor (A Burleigh.)

(Vá á salir y se detiene al ver á sus servidores que poco á poco han ido estrechándose en el fondo, como poseidos de terror.)

¿Por qué llorar? Alegría  
deben sentir los leales  
que Dios á mi lado envía,  
al ver que ha llegado el día  
de que se acaben mis males. (1)

\* Ayer: cuando prisionera  
\* rendida á la angustia fiera,  
\* lloraba humillada aquí,  
\* triste y sola, entonces era  
\* tiempo de llorar por mí.  
\* La muerte, con rostro amigo,  
\* me ofrece compadecida  
\* en su reposo un abrigo,  
\* que al morir, mueren conmigo  
\* los errores de mi vida.  
\* Hoy no es día de tristeza;  
\* al recobrar mi grandeza,  
\* siento en mi mano la palma,  
\* la corona en mi cabeza,  
\* la dignidad en mi alma.  
\* Hasta mi mayor deseo  
\* me otorga el Sér Soberano,  
\* pues en este instante veo  
\* más que un amigo, un hermano  
\* fiel al Dios en quien yo creo.  
En Francia podreis hallar  
un descanso á estos dolores,  
que el rey no puede negar  
una patria y un hogar  
á mis fieles servidores.

(1) Lo señalado con \* debe suprimirse en la representacion.



\* Pues si respetais mi anhelo,  
 \* si me amais, si os es querida  
 \* mi memoria, por el cielo,  
 \* abandonad este suelo  
 \* en cuanto acabe mi vida.  
 Que al cerrar mi sepultura  
 el pueblo inglés engreído,  
 no pueda con alma dura  
 gozarse en la desventura  
 de aquellos que me han querido.  
 Por el nombre de Dios puro,  
 de nuestra fé por la luz,  
 dejad este suelo impuro.  
 Juradlo sobre esta cruz.  
 Yo por todos os lo juro.  
 Gracias.

MELVIL.

MARÍA.

MELVIL.

MARÍA.

En mi descansad.

Todo cuanto yo poseo  
 vuestro es.

ANA.

Señora...

MELVIL.

MARÍA.

Callad.

(Volviéndose á Burleigh que hace una señal de asentimiento.)

Y respetarán, yo creo,  
 mi postrera voluntad.  
 A ti, cuya vida empieza,  
 dejo mis piedras preciosas,  
 que en tu juvenil belleza,  
 adornando tu cabeza  
 parecerán más hermosas.

(Acercándose cariñosamente á Clemencia.)

\* Alza la frente angustiada,  
 \* Clemencia, no temas nada;  
 \* tienes título mayor  
 \* que ninguno á mi favor:  
 \* eres la más desgraciada.  
 \* Si tu esposo me ha vendido,  
 \* tú, con noble corazón,  
 \* todo por mí lo has perdido;  
 \* ya verás que no he querido  
 \* vengar en ti su traición.  
 A ti, mi amparo y mi guía,



la joya de más valía  
 te dejo: la llevo aquí:  
 este pañuelo, Ana mía,  
 bordado todo por mí.  
 Lo bordé, ¡triste es su historia!  
 llorando sueños de gloria  
 y devorando sonrojos...  
 Véndame con él los ojos,  
 y guárdalo en mi memoria.  
 Me muero!

ANA.

MELVIL.

Llanto importuno!

Callad; yo también me muero.

MARIA.

Llegáos todos, que quiero  
 á todos, uno por uno,

daros el adiós postrero,

(Las damas rodean á María cayendo de rodillas y llorando.)

Adios... Adios, Margarita...

Adios, Ketty; estás helada

y arde tu boca marchita...

He sido odiada y maldita,

pero también muy amada.

Adios, Burgoyne, sed dichoso.

Adios, Berta, quiera el cielo

concederte un buen esposo,

que tu corazón hermoso

tiene de cariño anhelo.

—Tú, de mejor gloria en pos  
 serás esposa de Dios.

Haces bien: la dicha humana,

míralo en mí, es sombra vana...

Adios, el último adiós...

(Al salir ve á Leicester que aparta la vista de ella; pero al ver  
 que vacila y va á caer, se adelanta y la sostiene, apartándose  
 enseguida con temor.)

Vos!... No os apartéis así...

Ya hay sólo un amor en mí...

Vuestro brazo me ofrecisteis

para sacarme de aquí...

Cumplís lo que prometisteis...

(Salen todos, á excepcion de Leicester, que queda inmóvil.)



## ESCENA ULTIMA.

LEICESTER, luego MORTIMER y soldados.

LEICEST. Se fué!... De la noche el velo  
 cubre mi alma y me confunde...  
 Y esta bóveda no se hunde!...  
 Y aun me sostiene este suelo!  
 Caiga sobre mí en escombros;  
 pues que vivo todavía,  
 el cielo mismo podría  
 sostenerlo con mis hombros...

UNA VOZ. (Dent ro.) Cogedle.

LEICEST. Qué puede ser?  
 Ya no te temo, destino.

OTRA VOZ. Atrás...

Abridme camino!

MORTIM. (Entrando en completa desesperacion.)  
 Miserables!

LEICEST. Mortimer!..

MORTIM. No está?... Ya ha sido cumplida  
 la infamia! (Golpeando la puerta del fondo.)  
 Y verla no puedo!

(Se dirige hacia Leicester.)

LEICEST. ¿Qué intentais? (Retrocediendo y sacando la espada.)

MORTIM. No tengas miedo  
 que yo no quiero tu vida.  
 Ella es tu solo enemigo,  
 mas ya el riesgo le previenen;  
 los miserables no tienen  
 otro bien ni otro castigo:  
 Y pues ya no existe aquella  
 que fué vida de mi vida,  
 alma, ya tienes salida (se hiere y cae.)  
 para volar en pos de ella.

FIN DEL DRAMA.